

# *Universidad y pensamiento*

*Las que conducen y arrastran al mundo  
no son las máquinas, sino las ideas.*

Víctor Hugo

A lo largo de los siglos, la educación ha sufrido múltiples y muy variadas transformaciones orientadas a responder a los desafíos de cada tiempo. Como elemento diacrónico, la educación es reflejo de las épocas y circunstancias, pero en tanto se trata de un proceso complejo orientado al desarrollo integral de las personas, que les permita la apropiación del legado que han recibido para enriquecerlo mediante el aprovechamiento de sus capacidades, hoy en día enfrenta múltiples desafíos resultantes de la globalización, la diversidad, la interdependencia, los avances científicos y tecnológicos, pero también de la guerra, la intolerancia, la marginación, el deterioro ambiental.

Estamos llegando a los límites de lo que es nuestro lugar en el mundo, explotamos irracionalmente los recursos naturales, el consumismo nos consume, construimos máquinas de destrucción masiva, asistimos a la extinción de cientos de miles de especies en una cadena que culmina con el propio ser humano.

De ahí que, en los agitados tiempos que hoy transcurren, el ser humano requiere no únicamente de una forma de sustento, si bien esa necesidad básica es primordial en amplios grupos de población.

El hombre actual demanda elementos que respondan a la insaciable naturaleza humana, esa que lo llevó en la prehistoria a diseñar

pedernales y descubrir el fuego, y que hoy nos impulsa a viajar a Marte o disponer de nanopartículas especializadas para curar enfermedades.

Hoy nos proyectamos como nunca antes hacia el futuro, queremos responder a la transitoriedad, crear, innovar, emprender y alcanzar nuevas conquistas.

Recordemos que en 1998 la Comisión Internacional sobre Cultura y Desarrollo de la UNESCO elaboró un estudio que preveía tres escenarios para la humanidad:

El primero de ellos, por el que estaríamos transitando actualmente, dominado por las imágenes y los medios masivos de comunicación social, nos encaminaría hacia una sociedad global; a partir de 2020, se daría paso a una sociedad con uso intensivo de las tecnologías y medios de comunicación con propósitos formativos para la preservación ambiental; y, posteriormente, hacia 2060, ingresaríamos a la era de la sociedad creativa en la que se desencadenaría el potencial innovador de la humanidad.

No sabemos si tal panorama será real o resulta utópico. Lo cierto es que el porvenir del mundo está entrelazado a la educación, como lo ha estado desde el surgimiento de las primeras universidades.

Dicho de otra manera, lo único cierto es que nuestro futuro depende de nuestra capacidad de educar para pensar y de educar para crear.

¿Cómo, entonces, debemos entender la educación y el papel de la universidad en el siglo XXI?

La educación presupone una visión del mundo y de la vida, una concepción de la mente y del conocimiento. La educación nos reorienta a lo básico que es inalterable, al bien, a la sabiduría, a la conciencia. Como baluarte social, forma sujetos y no objetos; y los sujetos, si poseen conocimiento, pueden ser libres.

La universidad, en tanto espacio de confluencia de las ideas y fuente generadora de conocimiento, tiene su génesis en el pensamiento y debe mantener su misión: enseñar a pensar, hacer del pensamiento la fuente de nuevos hallazgos, invenciones, propuestas y mejores respuestas para impulsar una concepción amplia, multilateral, diversa, que promueva un conocimiento global en el que puedan insertarse los requerimientos locales o particulares.

Enseñar a pensar requiere de estrategias cognitivas para la elaboración, organización y utilización de la información; de técnicas motivacionales que alienten el interés de los alumnos; y de elementos metacognitivos para que el estudiante sea consciente de su propio proceso de aprendizaje, es decir, que conozca sus competencias, alcances y limitaciones.

De este modo, lo que conviene enseñar y aprender no es a pensar en un sentido absoluto, sino a pensar de manera efectiva. El propósito debe ser formar buenos pensadores, capaces de desarrollar un pensamiento crítico sobre los hechos públicos, sobre lo que ocurre en su entorno, para ser mejores ciudadanos y contribuir al bien social.

Requerimos, además, de pensadores competentes para investigar, descubrir y crear respuestas desde lo científico, lo tecnológico, lo humanístico, que encaucen al mundo hacia horizontes más promisorios. “Sé el cambio que quieres ver en el mundo”, dijo Mahatma Gandhi.

Necesitamos también pensadores que formulen ideas innovadoras que nos ayuden a adaptarnos a los nuevos escenarios con una perspectiva de mejora progresiva, pues, como producto social, la innovación tiene impacto en grandes núcleos de población.

Finalmente, pero no menos importante, vale destacar el hecho de que saber pensar y generar ideas, nos hace más libres, llama a la reflexión, amplía perspectivas, brinda oportunidades y nos permite volver la mirada hacia lo esencial, hacia la naturaleza humana, a lo que Carl Jung llamó “un modo de conciencia de los contenidos del inconsciente colectivo”, que es el fondo común a los seres humanos, presente en todas las culturas.

Esto último es relevante porque vivimos en una época en que el desarrollo científico y tecnológico abre horizontes ilimitados a la acción humana, pero con costos muy altos; y si bien el propio progreso genera alternativas para revertir las consecuencias negativas del progreso, ello no será posible de lograr sin un cuerpo social ético, consciente y colaborativo.

En palabras del investigador y explorador Jacques-Yves Cousteau: “No es necesario civilizar la ciencia; necesitamos utilizar la ciencia para civilizar a la civilización”.

¿Qué implica esto? Entre otras cosas, recuperar el valor del humanismo en el desarrollo del pensamiento en todos los ámbitos del saber.

Tal como afirma la filósofa Martha Nussbaum, autora de múltiples obras como *El cultivo de la humanidad* y *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita las Humanidades*, la meta de la educación superior debe ser crear una comunidad de pensamiento crítico, que busque la verdad más allá de las barreras de clase, género y nacionalidad, que respete la diversidad y la humanidad de los otros.

El postulado implica que la educación se sostenga en la riqueza cultural, emocional y creativa, y que la universidad forme, a partir de valores esenciales, a personas capaces de forjar una sociedad global democrática basada en el respeto, la integración social y la igualdad de derechos.

Es importante hacer hincapié en que esta perspectiva no se contrapone al espíritu científico. Por el contrario, lo complementa, pues únicamente la confluencia de la ciencia, la tecnología, el arte y la

cultura pueden hacer florecer una ciudadanía participativa, capaz de hacer frente a los enormes retos de nuestro tiempo, y elaborar nuevos horizontes de paz, progreso y desarrollo.

Actualmente, incluso la acción emprendedora encuentra en el humanismo estrategias y acciones de sostenibilidad del esfuerzo creativo, que están dando lugar a una nueva mentalidad, una nueva mirada, y un nuevo modo de poner en práctica los conocimientos, para encontrar en ellos nichos de oportunidad.

Reivindiquemos, pues, el pensamiento crítico en las universidades, y la ética humanística basada en la solidaridad, como ejercicio educativo para alcanzar el bienestar común.

Pertenece a la generación del conocimiento, a la sociedad del saber y ello nos compromete con este esfuerzo.

La creatividad, el liderazgo, la adaptación al cambio, la imaginación, la observación, la actitud innovadora, constituyen elementos imprescindibles en la formación de las nuevas generaciones.

El desafío de las instituciones de educación superior es formar de manera integral a pensadores capaces de generar ideas que muevan al mundo.

De ahí la responsabilidad de la universidad como formadora de pensadores e incubadora de ideas, la misma misión que le dio origen y que es vigente en nuestro siglo.

**J. Alfonso Esparza Ortiz**

Rector Benemérita Universidad Autónoma de Puebla